

tiene de valioso, a fin de estimularlo. Sólo así es posible poner en marcha la regeneración, y el pasado aparece como un instrumento auxiliar de reformas, razón por la cual conviene estar siempre en contacto suyo⁵⁸. «Hay que volver los ojos a la masa», en ella se descubre el sustrato popular y por eso la clase obrera constituye la gran reserva para la regeneración. Todo ello, no puede ser obra más que de la educación, con lo que alude a la «extensión universitaria» de la que él fue tan decidido impulsor en Oviedo y apela a la necesidad de difusión de la ciencia y al papel moral e intelectual de la universidad⁵⁹.

Altamira no puede dejar su posición de catedrático universitario al contemplar los problemas nacionales y al buscar sus remedios en la educación por la Historia. Él, tan preocupado por formar una conciencia colectiva vigorosa y capaz de mantener una acción sobre la marcha del pueblo en tanto que comunidad política, es un entusiasta de la generosa e inteligente empresa que fue la «extensión universitaria», en la que participó fervientemente y que en la Universidad de Oviedo tomó tanto incremento. Por eso no puede dejarse de plantear qué papel la universidad, corporativamente, puede jugar, aparte del de los profesores en sus cátedras: «La universidad puede hacer mucho renovando la lectura de los autores españoles antiguos que, por la elevación de su pensamiento, por la originalidad de su iniciativa o por su conformidad con las tendencias modernas, son todavía elementos útiles de trabajo, bien a título de colaboradores de la ciencia actual, bien como factores sugestivos de la reflexión. El carácter histórico que van tomando ya todos los estudios, recurriendo, tanto en el examen de las instituciones como en el de las teorías, al conocimiento de su origen y de sus vicisitudes, para mejor comprender el sentido y significación de unas y otras, ofrecerá campo propio y fecundísimo en que desarrollar esta restauración. En vez de limitarse a los precedentes inmediatos —que son, por lo general, extranjeros— remóntense los profesores españoles, siempre que haya lugar a ello, a los precedentes nacionales, más remotos, pero muy a menudo fecundadores del saber ajeno». Este Discurso de Oviedo —al que también pertenece el párrafo que acabo de transcribir— es tal vez la más plena y representativa fusión de «espíritu regeneracionista» y «espíritu del 98»⁶⁰.

Antes de la crisis del 98, Altamira contaba ya, muy imbuido de ellas, con las influencias de dos corrientes, la institucionista y la regeneracionista —tan unidas entre sí—, para comprender que la crítica situación que España venía arrastrando, mucho más gravemente a partir de la Restauración, imponía el doloroso deber de ocuparse de ella. La catástrofe del 98 vino a añadirse a la herencia anterior e hizo más honda la preocupación de nuestro autor. Considera que la penosa derrota del 98 produjo dos estados de ánimo contrapuestos. Un pesimismo que negaba la capacidad específica necesaria para incorporarse a la civilización moderna; una reacción esperanzadora que creía y afirmaba las cualidades fundamentales del espíritu español para todo progreso. Altamira está, desde luego, en la línea segunda, criticando con energía a los que se mantenían en la primera, difundiendo una visión pesimista, inmovilista, esterilizadora. Para él, ser español no podía ser diferente de la calidad general humana y no podía dejar de poseer todas sus más positivas cualidades. Ciertamente, éstas se encontrarían según la modalidad propia y en las peculiares condiciones del pueblo español, tal como sucedía con cada uno de los demás pueblos, es decir: «con el especial florecimiento de ciertas cualidades humanas, la

⁵⁸ *Psicología del pueblo español*, pp. 217-224.

⁵⁹ *Op. cit.*, pp. 159 y ss.

⁶⁰ P. 22.

originalidad de visión que caracteriza a cada grupo social y la modalidad de procedimiento genuina de cada uno». Y desde ahí, había que afirmar la unidad del tipo español, asentada en esas bases⁶¹.

Si el carácter de un genio, recurso último y seguro de su acción, se da en la historia, se revela en ella, y en su caso, en ella se renueva o regenera, se comprende fácilmente el valor social del conocimiento histórico. Y sin embargo, forzoso es reconocer lo mucho que hay que andar para esclarecer y debidamente educar el carácter de un pueblo como comunidad. Ahora bien, para Altamira, las imprecisiones y contradicciones al exponer el carácter de los pueblos son innegables, pero ello no prueba nada contra la existencia del mismo, sino que arguye atraso en las investigaciones de la «psicología colectiva». Las técnicas de investigación y los procedimientos utilizados para fijar las características peculiares de cada pueblo, son inadecuadas. En general, y contra lo que antes él ha recomendado, quedan reducidas a un período breve y reciente y además estudiado de ordinario sin rigor histórico. Ello no quiere decir, en modo alguno, que no existan esas características, sino que el estudio de la psicología colectiva o social (ambas denominaciones se encuentran en el autor) se halla todavía en un estado de atraso. ¿Cómo proceder entonces?: «Observar las notas constantes que, en medio de la variedad enorme de los distintos tiempos vividos hasta hoy, presenta nuestro pueblo», y con cierto tono de lamentación, añade: «Ese sería terreno sólido. Pero en él no han pensado todavía los que hablan de psicología nacional». Y alude así desde Masdeu a los regeneracionistas (Costa, MALLADA, Picavea, etcétera). ¿Respondía a sus exigencias su *Psicología del pueblo español*, en donde inserta estas palabras?⁶²

A partir de las fechas del desastre colonial, la mayoría de los escritores intentarían definir la psicología nacional. Esto se debe a que el suceso militar del 98 se juzga, no como un hecho aislado de la historia de España, sino como un evento más en la larga sucesión de catástrofes que culminaron con la pérdida de las últimas colonias. Para llegar a comprender esa crisis, se hizo patente la necesidad de un profundo estudio y revisión del carácter nacional al que estos fracasos estaban intrínsecamente ligados. El institucionista Rafael Altamira es el precursor más significativo de esta tendencia. El tema central de la obra concierne a la definición del genio español y Altamira le concede importancia fundamental al elemento interno, psicológico, en la determinación de la personalidad nacional.

El sujeto de la Historia. Individuo y sociedad. La figura del genio

Altamira escribe, o por lo menos, empieza a escribir en una época en que el problema de la relación entre individuo y sociedad se mantiene todavía dentro de la herencia clásica, considerando a uno y otra como dos entidades separadas a la vez que relacionadas, hasta el punto que del hombre se puede seguir diciendo la consabida fórmula aristotélica: el hombre es un animal social. El alcance de estas palabras no va más allá de afirmar que el hombre posee la condición, fuertemente presionante si se quiere, pero separable

⁶¹ V. nota 58, p. 15.

⁶² Op. cit., p. 88 y ss.

de su ser en tanto que individuo, de vivir en sociedad. Es una cualidad de plausible ejercicio, pero, en fin de cuentas, periférica. El núcleo del ser individual puede verse enriquecido, pero siempre cabe desprenderlo de su contexto social —de ahí, la presencia del tema del hombre salvaje, en estado de naturaleza—. Por eso cabe separar una de otra y atribuir aisladamente a la sociedad y al individuo campos diferentes.

De lo dicho depende que sea un problema replanteado una y otra vez, cuál es el sujeto de una acción determinada, si es cosa de la sociedad o del individuo. Y este es un tema que llena muchas páginas en las obras dedicadas a la reflexión que se contiene en las ciencias sociales y humanas. El hecho de que se pueda hacer esta división es ya bien significativo. Y no hay que olvidar que esta dualidad de ciencias se ha mantenido hasta hoy. Y aun hoy es un problema a abordar el de si el desarrollo de la acción humana es un resultado producido individualmente o en grupo. Claro que, en cierto aspecto, esta es una cuestión que podrá plantearse siempre, pero cambiando el fondo sobre el que se proyecta aquella. Porque el hombre no es social en el sentido de una cualidad más que lleva consigo, la de ser bípedo y tantas otras. El hombre es sociedad y en él está la sociedad. Cuanto hace, cuanto piensa o siente, cuanto crea es heredado o aprendido —mucho más lo segundo que lo primero⁶³— y no hay manera de arrancarle o separarle de esa estructura fundamental. Claro que eso que recibe de su entorno se junta y articula en cada individuo de manera diferente, porque diferentes han sido siempre las circunstancias que se han dado en esa recepción y el núcleo originario que la ha asimilado, núcleo que tal vez no es más que una reelaboración de la herencia biológica. No quiero seguir con esto porque no es de mi competencia. Pero parece imposible dejar de lado hoy la idea de que todo cuanto es humano es social. Por consiguiente, hoy podemos seguir preguntándonos, en términos relativos, quién es el sujeto de una acción, si el individuo o la sociedad; pero siempre y cuando no olvidemos que la respuesta última será que ambos. Hernán Cortés y Cervantes son sociedad española entre 1500 y 1600, pero en un entrecruzado de sus elementos irrepetibles.

Para nosotros, pues, el problema, cuando se lo plantean Ortega, Fernando Braudel o Edmond Carr es muy diferente de cuando se preguntaba sobre él Altamira, o para hacer más llamativa la distinción que cuando reflexionaba sobre él Plekhanov. Pero no dejemos de reconocer que tiene un mérito relevante y científica, históricamente, tiene mucho interés que nuestro historiador lo acometa de frente y es para nosotros fructífero recoger sus reflexiones.

En Altamira se pueden señalar varias fases en su meditación y en sus respuestas a la cuestión que estamos considerando, referida específicamente a la pregunta ¿quién hace la historia? En las dos últimas décadas del siglo XIX, época de juventud y de primeros escritos suyos como historiador, confluyen dos grandes líneas que tendrán su repercusión en el pensamiento sobre el tema que estudiamos. De un lado, grana y se difunde una nueva ciencia que ha hecho ya un recorrido interesante: la sociología. Una línea que va de Comte a Marx (con su gran aportación introduciendo la sociología del conocimiento) a Durkheim. De otra parte, la gran expansión del asociacionismo obrero, potenciando la presencia de la sociedad en el destino de los hombres. Las dos contribuyen a reforzar

⁶³ Véase *Eibl-Eisberfeld, El hombre preprogramado, traducción de Pedro Gálvez, Alianza, Madrid, 1987.*